

La oportunidad perdida

Guillermo Osorno

Noticias de los días recientes: un enfrentamiento entre el Ejército y narcotraficantes dejó 20 muertos en Villa Ahumada, Chihuahua. En Cancún, el general Mauro Enrique Tello Quiñónez y dos de sus acompañantes, que estaban preparando un cuerpo de seguridad para el municipio de Benito Juárez, fueron torturados y asesinados. Ahora se sabe que los presuntos responsables de la ejecución también habían sido miembros de la Secretaría de la Defensa Nacional y que fueron reclutados por *Los Zetas*.

Por estos días, el secretario de Gobernación, Fernando Gómez Mont, defendió ante Naciones Unidas la estrategia mexicana de meter al Ejército en el combate al narcotráfico, diciendo que se retiraría cuando las policías presenten signos de fortaleza suficientes para llevar a cabo sus tareas. El problema, claro, es que todo nuestro sistema está colapsado y, debido al creciente poder del narcotráfico, no se ve cómo pueda recuperarse y cómo se va a salvar el Ejército de este mismo destino.

El año pasado hubo más de 5 mil asesinatos atribuidos al narcotráfico, el doble del anterior. Según datos de la Encuesta Nacional de Adicciones de 2008, hay 465 mil adictos crónicos en el país, 50% más que en 2002. Cada día que pasa, el deterioro de los asuntos relacionados al tráfico y consumo de drogas es más evidente. El asunto es: ¿estamos haciendo lo correcto?

Hay que ver el caso de Colombia. Ningún otro país tiene tanta experiencia ni ha comprometido esa cantidad recursos materiales y humanos en el combate al narcotráfico o tiene un programa como el Plan Colombia, que significa, entre otras cosas, un alineamiento con las preocupaciones estadounidenses sobre el tráfico de drogas y un grado de cooperación militar tan intenso.

Con todo, a mediados del año pasado apareció un informe de la Oficina contra la Droga y el Delito de Naciones Unidas: *La amenaza del narcotráfico en América*.

En él se reconoce que países como Colombia demuestran cómo el progreso contra el tráfico de drogas puede producir dividendos en la reducción de la violencia, pero señala que, a pesar de los esfuerzos para la erradicación, en 2007 la superficie cultivada de coca en Colombia, Perú y Bolivia había, de hecho, aumentado. El informe, en general, alertaba sobre las consecuencias del tráfico de drogas en otras formas del crimen y daba una idea global de cómo los controles impues-

tos en un país empujan la producción y el tráfico hacia otro. Pocos meses más tarde, la United States Government Accountability Office presentó un informe en el que señala que aunque la seguridad había mejorado, la producción de drogas en Colombia creció 6% entre 2000 y 2006.

Hace más o menos un año se creó la Comisión Latinoamericana sobre Drogas y Democracia, encabezada por los ex presidentes César Gaviria de Colombia, Fernando Henrique Cardoso de Brasil y Ernesto Zedillo de México y formada por un grupo de intelectuales, dueños de medios de comunicación y escritores de la región. El propósito de esta comisión es animar el debate sobre

la lucha contra el narcotráfico y tratar de rectificar la estrategia de la guerra contra las drogas, tal y como se ha venido peleando en la región durante los últimos 30 años.

El miércoles pasado esta comisión emitió una declaración desde Río de Janeiro en la que señala precisamente el fracaso de los esfuerzos en América Latina para erradicar la producción y el tráfico de estupefacientes; hacía un llamado al gobierno de Obama para que pusiera más atención sobre el consumo en Estados Unidos; recomendaba a los gobiernos de América Latina despenalizar la posesión de marihuana para el consumo personal y sugería tratar a los adictos como un problema de salud pública para disminuir.

Estas declaraciones dieron la vuelta al mundo y fueron motivo de las primeras planas de los periódicos. Pero hubieran despertado un mejor debate si, como estaba planeado, la conferencia hubiera sucedido en México.

Se sabe que Zedillo se ha sentido incómodo en este foro y que su participación ha sido más bien limitada. La comisión ha tenido tres reuniones. La primera en Río, en abril de 2008, y la segunda en Bogotá, a finales de año. En la primera, Zedillo estuvo presente por medio de una teleconferencia y en la segunda no asistió ni de manera virtual. Se supone que debía seguir una reunión en el DF, pero una cancelación inexplicable del gobierno mexicano obligó a sus miembros a reunirse de nuevo en Brasil.

Pero es justo aquí donde urge pensar sobre qué estamos haciendo. Cómo lo estamos haciendo y por qué. La oportunidad se perdió y los mexicanos nos quedamos fuera de la discusión. En el momento de escribir estas líneas, la únicas reacciones han sido las declaraciones de algunos políticos sobre el asunto de la legalización de las drogas, el tema más vendedor del documento. Eso fue todo.

Editor de la revista 'Gatopardo'

